

LOS 21 — VII — Diego Dublé Urrutia

Era día de apertura, y al Salón de Bellas Artes había acudido toda la turba multa de periodistas y literatos, y pintores y críticos. (Aquí recuerda Dublé mis desesperantes críticas *sotto voce*). Ya había soportado una larga hora aquel feroz calorcillo de noviembre, que convertía la Exposición en un horno, cuando ¡no sé quién! creo que Ventura Fraga precisamente, nombró al autor de *Veinte años*; con curiosidad interrogué á mi acompañante—¿cuál era?—¡hacía tanto tiempo que lo admiraba, deseando conocerle!

—¡Pish! aquél—respondió Fraga, mostrándome á un sujeto que, á la distancia, me pareció como todo el mundo. Alguien me presentó á él y, en el vaivéa de ese mundo abigarrado y ruidoso que desbordaba el *Parthenon*, yo estudié rápidamente á mi hombre que charlaba en alta voz.

—Hombre, ¿sabe que con esas corbatas flotantes, y esos chambergos, y aquella su facha toda, yo lo tomaba por el hijo de un chano rico?

—Vaya, ¡cuántas gracias!—respondí inclinándome, honrado por ese extravagante parecido.

Era el poeta un mozo lampiño, de ojos negros, ojos araucanos, burlones y ardientes; parecía un poco jibado por el peso de sus hombros puntiagudos, y, con sus largas piernas de pidén, casi alcanzaba mi alta estatura. Sigo creyendo aun, que somos, entre los literatos, los dos más muchachos y más grandes de Chile... (Dublé frunce el ceño:—Amigo Thomson, prefiero la soledad á las malas compañías) dicho sea sin petulancia ni inoportunidad, pues yo solo, por mi parte, tengo allá como 1.86 metros ¡lo menos!

En fin, que nos hicimos amigos; noches después fuí á visitarlo á la Universidad, ¡qué quereis! aquel diantre de mozo de tanta fortuna, que sólo ve ante sí un porvenir ya casi conquistado, tiene hasta esa envidiable suerte: y habita con la ciencia aquel antiguo y sólido palacio de anchas escalinatas de piedra y largos claustros monacales.

Al principio turbó de un modo lamentable aquella solemnidad la continua visita de las musas casquivanas, pero éstas, por fin, comprendiendo la austeridad del sitio, han apagado sus risas y ya son unas *missis*; muy puderosas, muy serias y muy trascendentales, que solo visten largas tocas mongiles y no se permiten ninguna de esas pullas heineanas que antes soplaban en el ancho pabellón de la oreja del poeta.

¡Pobres musas! asumen á veces una frialdad y una corrección verdaderamente británicas!

(1) Tú, Dublé, que las hospedas.
¡Por Dios! no les quites animos,
Que en el palacio se hielan
Mozos, musas y entusiasmos.

Esto sin parodiar la *Flor de otoño* de los *Veinte años*, pero, á la verdad, que, si aquel caserón predispone á las cosas grandes, también sopla en sus claustros un viento académico que constipa las retozonas alegrías de un muchacho de veintitrés años.

¡Ah! eso iba á referir mi visita; pues, quedamos en que subí las escalinatas de piedra en que llegué á la pieza del poeta, en que éste me recibió amablemente, y que, entre galleta y galleta, y entre sorbo y sorbo de thé, leímos muchos versos, desfilando uno tras otro como llamados por una evocación mágica, Virgilio y Musset, Dario y Matta, Chocano y Lugones, y sobre todo ese bribón de Amado Nervo y aquella otra cigarrera de la Virroña que se llama Federico Mistral.

Yo salí borracho de versos; jamás habria podido sospechar que un hombre, con garganta de carne y hueso, sin enronquecer, sin comerse una *ese*, sin perder desde el principio hasta el fin su entonación melancólica, hubiera podido dar lectura á tantas cosas ¡tantísimas!

Aquella noche soñé que se agarraban á bofetadas *Mirella* con el *Morro de Arica* y que la *Margarita Gauthier* de Rubén, galopaba desafortunadamente sobre las ancas de uno de los potros negros de Lugones.

Pasé mucho tiempo sin ver al poeta del palacio.

La lectura en el Ateneo y la publicación de *El Caracol* han puesto nuevamente de actualidad la figura de Dublé Urrutia. Desde que vió la luz *Veinte años*, el poeta se había tornado mezuquino con el público, una verdadera ingratitud hacia ese público que supo estimar su primer libro, dándole un éxito que volúmen alguno de versos haya alcanzado jamás en nuestro país; *El Caracol* ha compensado largamente esta prolongada impubicidad, pues probó que, si bien Dublé Urrutia había abandonado la poesía breve y fácil, consagraba sus conocimientos y su inspiración á temas más serios y más amplios.

Dublé tiene la inmensa virtud de los talentos superiores, seguir con medios nuevos un camino nuevo, él se aparta de la carretera por donde marchan pesadamente los rutinarios buyes del ritmo, los que creen aún en la existencia de las «virgencitas», los que lloran á moco tendido las calabazas que les diera una «ninfa de crechas de oro y de boca de púrpura», los que siempre, con dieciocho años apenas, comiendo y bebiendo alegremente, «viven una vida de amargura», y llevan «el corazón hecho trizas», no tienen fe en nada, y, nuevos Byrones desengañados, suelen imprecar á Dios, ó negar su existencia así, tan sencillamente, en versos octosilabos.

Un prójimo criticaba á Dublé Urrutia por no seguir ese camino real que traquetean los versaineros en cuatro patas; ¡amplio talento el de ese crítico que le censura la mejor condición de su poesía!

Se le ha echado en cara similitudes heineanas: talvez, en la forma sencilla y en el fondo amargo y sentido de sus creaciones, quizás, existiese una lejana semejanza con el ilustre germánico, como pudiera encontrarse con Bequer, ó con el mismo Mistral en el poder descriptivo y agreste; pero, seguramente, la poesía de Dublé es original, genuinamente araucana.

Al emigrar de «la rústica tierra del roble y del sauco», él ha traído un poco de la melancolía aborigene, y un mucho de la ingenuidad de la raza y de la sencilla grandeza de los viejos bosques, aromatiza sus rimos el perfume agreste del culén y de la hierba-buena.

Conserve siempre la ingenuidad conmovedora con que en *El Recuerdo* hace rememoraciones de su tierra y tenga seguro que, á igual que Matta fué el épico cantor de nuestros héroes, él será el joven poeta del viejo Chile, del Chile que ya desaparece con todas sus grandiosas tradiciones, si un talento vigoroso y patriota no mantiene su recuerdo.

AUGUSTO G. THOMSON

(1) Viejecita que la cuidas
¡Por Dios, no la dejes sola!

Que en el otoño se hielan
Las muchachas y las rosas (*Veinte años*).